



F. DE LA...
EL EQUIS...

EL EQUIS...

HM136
L5



1020050629

BOUND

171

Núm. Clas. 301.15
Núm. Autor L4722
Núm. A. 37252
Proced. — 1 —
Precio
Fecha
Clasificac. org
Catalogó org

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, N.MEX.

Biblioteca de Filosofía científica.

FÉLIX LE DANTEC
Catedrático en la Sorbona.

EL EGOÍSMO

Unica base de toda sociedad

ESTUDIO DE LAS DEFORMACIONES RESULTANTES DE LA VIDA EN COMÚN

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

JOSÉ M.^A GONZÁLEZ

Si el egoísmo es la base de nuestro edificio social, la hipocresía es la llave de éste.



MADRID
LIBRERÍA GUTENBERG DE JOSÉ RUIZ
RUIZ HERMANOS, SUCESORES
PLAZA DE SANTA ANA, NÚM. 13
1913

37252

HM 136

LS



ARCHIVO GENERAL

118354

ES PROPIEDAD

Jaime Ratés, imp., plaza de San Javier, 6.—MADRID

PROLOGO

Más bien debía llamarle «epílogo», porque escribo estas líneas después de terminar este libro; pero las coloco al principio de la obra para explicar al lector el título que he escogido. *El egoísmo, única base de toda la sociedad.* Este título no es la expresión de una opinión personal, sino resumen y conclusión de todas las deducciones que he hecho siguiendo, como mejor he podido, el método científico, y, por consiguiente, haciendo abstracción á cada momento de mis gustos y de mis preferencias individuales. La palabra «egoísmo» no me satisface plenamente; se ha dado á esta palabra una significación psicológica que hace de ella el calificativo que designa una clase de hombres en oposición á otra clase, los «altruistas» ó personas desinteresadas. Hubiera preferido el término «instinto de conservación», pero después de re-

flexionar, he optado por el de «egoísmo» atribuyéndole el sentido etimológico, que todo el mundo comprende.

El método que he escogido debía conducirme á este resultado ó dejarme en su camino; en efecto, he querido deducirlo todo de la biología. Ahora bien, la Biología, ciencia objetiva, sólo nos enseña la lucha y la selección que resulta de ella. Ya sé que los filósofos que se ocupan de sociología pretenden hallar otra cosa en el hombre; pero confieso que sus argumentos me han parecido ser, sobre todo, la prueba de una sentimentalidad particular.

«No se reconoce cada vez más, escribe M. Goblet d'Alviella, en un artículo destinado á refutar mis argumentos (1), que la ley universal de la competencia vital, con sus consecuencias inevitables en el mundo animal, se completa y se corrige en el hombre por otras leyes cuya existencia sólo nos puede revelar la sociología. En este punto de vista la sociología sólo puede ocupar un lugar subordinado en la escala de nuestros conocimientos, como lo han admitido todos los que se han ocupado de establecer la jerar-

(1) *Revue de l'Université de Bruxelles*, Octubre 1910, pág. 47.

quía de las ciencias, desde Augusto Comte hasta Herbert Spencer.»

Desgraciadamente, la autoridad de los nombres más ilustres no tiene influencia sobre mí, y sigo convencido de que el estudio de los hombres, como el de todos los demás seres vivientes, es del dominio exclusivo de la Biología. Además, me parece imposible que un transformista lógico no sea de mi manera de pensar. Pero ¿hay muchos transformistas lógicos?

El hombre desciende de animales que no eran hombres y que estaban sometidos, como los demás, á leyes exclusivamente biológicas. Bajo la influencia de condiciones ambientes (entre las cuales hay que incluir la vida social, que en cierto momento ha comenzado por razones biológicas), nuestros antepasados se han modificado poco á poco, según la ley lamarekiana de la adaptación, hasta convertirse en hombres, como lo somos ahora. Todo lo que existe en la estructura del hombre del siglo XX ha aparecido progresivamente en él, desde el origen de la vida; un sabio que no lo admita no es un transformista y, por lo tanto, no puedo discutir con él. Precisamente trato de demostrar en este libro que la ley biológica de egoísmo ha conducido fatalmente á los hombres á adquirir,

bajo la influencia de la vida social, todas las nociones metafísicas y morales de las que están hoy tan orgullosos que se creen de una esencia superior á la de los demás animales.

Pero estas nociones tan elevadas, y de las que estamos tan orgullosos, han sido adquiridas mucho más recientemente que las particularidades puramente animales de las que estamos dotados, lo mismo que todos los demás animales; el egoísmo y la ferocidad tienen derecho de prioridad en nuestra naturaleza; los que juzgan la nobleza de los títulos por su antigüedad deben considerar el egoísmo, la ferocidad y la lógica como las cualidades más nobles del hombre.

Por eso (y sin querer emplear la palabra *noble*, que representa una apreciación personal, no científica) es por lo que reuno todas las adquisiciones metafísicas y morales debidas á la vida social del hombre en esta denominación común: «*deformaciones* ocasionadas por la vida en sociedad». Empleo voluntariamente la palabra *deformación* para recordar que estas adquisiciones, nacidas tardíamente, no han podido modificar muy profundamente la naturaleza primitiva del hombre. Una idea transformista que he expuesto detenida-

mente en un libro reciente (1) es que las especies, á medida que envejecen, se hacen más estables y menos aptas para sufrir variaciones profundas. Creo que la humanidad ha llegado hace tiempo á una estabilidad relativamente muy grande y que todas las deformaciones que ha sufrido después, y que se han transmitido de generación en generación por herencia ó por tradición, no han podido penetrar profundamente en ella. Todo nuestro *barniz de hombre civilizado* no impide que, arañando ligeramente, se encuentre al hombre primitivo, al hombre de las cavernas. Por eso no creo posible una adaptación real del hombre á la vida ficticia resultante de las conquistas de la ciencia. Por eso he escrito recientemente (2):

«Las modificaciones que los descubrimientos científicos producen en nuestras creencias son bruscas y formidables, mientras que nuestras estructuras personales varían con infinita lentitud. Entre mi constitución individual y la de mis antepasados del tiempo de César la diferencia es insensible; hay tanta

(1) *La stabilité de la vie*, Paris, Alcan, 1910.

(2) *Biología constructiva y Biología destructiva. Revue de l'Université de Bruxelles*, Janvier 1910, página 316.

desproporción entre mis conocimientos científicos y los suyos como entre el hombre y el ornitorinco.»

M. Goblet d'Alviella, en el artículo precitado, considera esta afirmación como una enfermedad psicológica, y añade:

«Un poco menos de exageración, por no decir un poco más de modestia, convendría á la ciencia.»

Desgraciadamente, si hay exageración en mi afirmación, es más bien en favor de mi antepasado del tiempo de César. El ornitorinco es un mamífero y posee de común con el hombre un gran número de caracteres que los colocan á los dos en la misma clase de vertebrados. Entre la ciencia de un contemporáneo de Vercingetorix y la de un hombre del siglo XX no hay, por el contrario, ningún carácter común; he sido demasiado tímido al escoger el ornitorinco, debía haber considerado el esquino.

* * *

Por otra parte, es muy comprensible para el biólogo que las particularidades individuales y egoístas de nuestra naturaleza hayan resistido victoriosamente el asalto de las de-

formaciones sociales. En efecto, aunque las condiciones en que vivimos sean condiciones sociales, nuestra vida permanece, á pesar de todo, individual, y por consiguiente, egoísta. Los demás hombres forman parte integrante é indispensable del medio en que vivo, pero eso no impide que si tengo una carie, sea á mí á quien le duelan las muelas, y que sea el único incomodado si he comido demasiado. La vida es individual y mantiene, según Lamarck, las cualidades individuales. El hombre, como individuo, es la cosa más maravillosa del mundo, y nadie trata de negarlo; pero los poetas nos enseñan á despreciar al hombre porque ponen en evidencia sus imperfecciones de animal social. Nuestro barniz social es superficial, y el hombre de las cavernas permanece debajo, casi intacto. El hombre de las cavernas ha tenido antes un sentimiento moral que ha derivado en algunos de sus descendientes hasta el punto de hacer de ellos modelos de individuo social; pero Francisco de Asís y Vicente de Paul son excepciones; la mayoría de los hombres han permanecido trogloditas, y seguirán siéndolo, á pesar de los nuevos sentimientos que les fabrique la ciencia.

Admiramos, porque son raros, los individuos de la especie humana en los que las

cualidades sociales luchan victoriosamente contra el egoísmo y la ferocidad primitivos, sin que tengan que recurrir á la hipocresía. Nos hemos propuesto un ideal transcendente que tendría todas las virtudes sociales y carecería de todas las necesidades individuales. Jesús nos ha dibujado ese tipo ideal de bondad, de caridad, de fraternidad y de amor, y desde hace veinte siglos le venimos persiguiendo. Al ver cuán alejado está de la realidad, habríamos podido preguntarnos si ese ideal es viable y si «el hombre según el corazón de Jesucristo» es capaz de multiplicarse sobre la tierra. La Biología nos enseña que no puede, puesto que la vida es una lucha; pero aun sin recurrir á la Biología, una observación corriente nos enseña cuán ficticia es nuestra admiración para el renunciamento y humildad de los cristianos. El joven más religiosamente educado y más profundamente imbuído de los principios del cristianismo no podrá menos de entusiasmarse con el relato de las batallas y se sentirá lleno de ardor bélico al oír contar las hazañas de los valientes, y si recibe una bofetada, en lugar de presentar la otra mejilla, sentirá el deseo imperioso de lanzarse sobre su adversario y vengarse del insulto. ¿Qué no se ha escrito contra el duelo? Es, se dice, un

resto de barbarie, del que deberían avergonzarse los hombres civilizados. Sin duda, pero es que precisamente los hombres civilizados tienen un fondo completo de barbarie. Esos mismos que hacen leyes contra el duelo no pueden menos de despreciar á los buenos ciudadanos que las cumplen y que, para vengar una ofensa, recurren á los tribunales. Y sin embargo, ¡qué comedia más triste es el duelo moderno! Se necesita toda nuestra costumbre de la hipocresía para ver en él otra cosa que un simulacro ridículo. El hombre que se bate y que tiene miedo sólo piensa en hacer creer que no lo tiene, diciendo que se ha batido. Porque á pesar de varios siglos de civilización y enseñanza moral, apreciamos más nuestro valor individual que cualquier otra cosa. El valor desaparece en nosotros por desuso, porque vivimos en una seguridad perpetua y no tenemos que hacer casi nunca acto de valor; pero si el valor desaparece por desuso, no por eso conservamos menos el amor al valor. Aquel de nosotros que tiene miedo, aun sin testigos, se avergüenza de haberlo tenido.

Confesemos abiertamente que hay en nosotros tendencias individualistas que contradicen las tendencias resultantes de una vida social prolongada y no consideremos las unas



como peores que las otras; han nacido en épocas diferentes de nuestro pasado, y no podemos prescindir de unas que son necesarias para la vida, ni negarnos á tomar en consideración otras que se presentan desde hace siglos á nuestra admiración. Lo que hace al hombre sano es un buen equilibrio entre esas tendencias contradictorias. El exceso de individualismo hace al hombre socialmente imposible, hace de él un monstruo ó un criminal que sus congéneres se ven obligados á suprimir. La exageración de la noción del deber conduce á una abnegación excesiva, á un ascetismo místico que es incompatible con la vida. *In medio stat virtus.*

* * *

¿Se puede sacar, desde el punto de vista de la educación preferible, una conclusión de este libro, en el que he puesto en evidencia las cualidades primitivas individuales que luchan en nosotros contra la civilización progresiva del hombre? Creo que sería imprudente apresurarse. He aquí un razonamiento que me parece lógico:

Muchos siglos de educación moral y religiosa no han sido suficientes para exaltar en

los hombres el sentimiento del deber, hasta el punto de hacer de nuestros congéneres actuales tipos sociales admirables. Al contrario, los poetas y los novelistas ofrecen cotidianamente á nuestro desprecio la inferioridad moral del hombre. Es que las cualidades individuales de egoísmo y de ferocidad, mantenidas necesariamente por la vida de cada uno, luchan eficazmente sin esfuerzo contra los sentimientos de altruismo, de generosidad y de abnegación, que los moralistas y los predicadores ofrecen á nuestra admiración desinteresada. Sólo utopistas ciegos han querido creer que las cualidades morales son fundamentales en el hombre y que el egoísmo es una desviación de nuestra naturaleza primitiva. Lo contrario es evidente para los que hacen investigaciones científicas sin idea preconcebida, para los que buscan la verdad sin querer de antemano que ésta cuadre con sus preferencias de hombres virtuosos. El aspecto moral de los trogloditas del siglo xx es el resultado de un esfuerzo de educación prolongado, en el que las leyes protectoras de la sociedad se han aliado á la hipocresía natural de los hombres que viven en sociedad.

¿Qué sucederá si, en lugar de continuar la obra de los siglos precedentes, se enseña á

los hombres, no sus deberes, sino sus derechos? El egoísmo primitivo está muy satisfecho de que se le reconozcan sus derechos; nunca se insurreccionarán los hombres contra los que les enseñen la fragilidad de la noción de deber social; y los que proclaman los derechos del hombre están seguros de ser bien considerados por todos los hombres. La única definición que la Biología pueda dar de los derechos de cada individuo es declarar que tales derechos están en relación con la capacidad de hacer daño de cada uno. Los filósofos ven en el derecho una noción metafísica y sagrada. Para el biólogo la exposición de los derechos del hombre equivale á decir á un grupo de individuos: Sois más fuertes que los que os oprimen; uníos y los oprimiréis á vuestra vez, hasta que la desunión penetre entre vosotros. Los hombres se dejarán convencer fácilmente, y la humanidad será teatro de luchas perpetuas; las riquezas cambiarán á menudo de manos, hasta el día en que la fuente de las riquezas se haya agotado por la humanidad desunida. En el fondo no veo en virtud de qué principio podría lamentarse este resultado; sin embargo, me parece que la mayor parte de los hombres, habituados á una vida social que se les ha hecho indispensable, desean la

continuación de una sociedad de la que tienen necesidad; y eso es verdad para los más desgraciados y los desheredados, porque esperan disfrutar un día de las riquezas que produce el trabajo social. De suerte que, de común acuerdo, se debe imitar la educación de los siglos pasados y desarrollar en los jóvenes el sentimiento del deber mejor que la conciencia de derechos que tienen demasiada tendencia á exagerarse.

Ya sé que los utopistas que proclaman los derechos del hombre tienen naturalezas generosas y no desean el fin de toda sociedad; quieren tan sólo sustituir á nuestra sociedad actual otra ideal en la que habría más fraternidad y justicia. Sólo olvidan una cosa, y es que la sociedad que quieren edificar estará compuesta de hombres, y que éstos, que son maravillas desde el punto de vista individual, son animales sociales muy imperfectos. Por mi parte, reconozco todos los defectos de la sociedad actual; me parece que está llena de imperfecciones, y sufro profundamente al ver las desigualdades excesivas que noto entre seres de méritos iguales. El ser social que está en mí se duele de la injusticia reinante. Pero la historia me enseña que ha habido sociedades mucho peores que nuestra sociedad actual, y lo que sé de la na-

turalidad del hombre no me permite esperar que se pueda producir una mucho mejor, porque la sociedad humana estará siempre compuesta de hombres, y el hombre apenas variará en lo sucesivo.

* * *

Una palabra antes de terminar. El título que he escogido para esta obra y que, después de reflexiones maduras, me parece el mejor, expondrá al lector á juicios temerarios. Semejante título, y el epígrafe que le acompaña, harán creer acaso que mi libro es la obra de un agriado, que ha sufrido del egoísmo y de la hipocresía de sus conciudadanos y no ha obtenido de la sociedad lo que se creía con derecho á obtener. Al contrario, soy acaso uno de los pocos hombres que no tenga nada que envidiar á nadie, puesto que todo lo que he emprendido me ha salido á maravilla. Me considero como uno de los favoritos de la fortuna; he tenido por maestros á los hombres más eminentes y he estado rodeado de personas agradables y honrado con afectos entrañables. Soy un satisfecho y no deseo nada más que lo que tengo. Debía hacer esta confesión al final del pró-

logo para que el lector esté bien convencido de que hallará en el libro que le presento, no opiniones propias ni la expresión de preferencias personales, sino solamente deducciones que se han impuesto á mí con el carácter de verdades científicas indiscutibles.

INTRODUCCIÓN

MÉTODO

Al empezar este libro no sé dónde voy, ni sobre todo hasta dónde iré. Ignoro, por consiguiente, el título que daré á esta obra cuando la haya terminado, si lo consigo. Tengo una idea y un método, y eso es todo.

La idea me ha venido recientemente, con ocasión de la huelga de los ferroviarios, que parecía hacer inminente una revolución social de la que se había hablado á menudo, hasta entonces, sin creer que se produjera efectivamente algún día. Varias veces he sido interrogado sobre cuestiones sociales. M. Novicow me había aconsejado que me ocupara de ellas hace ya diez años; pero todas las veces que me he detenido á pensar en estas materias, he creído comprender que mis estudios biológicos me hacían más inepto para estudiarlas que cualquiera otro; había ojeado los

libros de sociología y no había podido comprender el significado; me había parecido que esta *ciencia* se basa sobre algunas ideas metafísicas que no tienen nada de positivo é inaccesibles, por tanto, á un hombre habituado al método objetivo.

Sin embargo, cuando la huelga de ferroviarios amenazó suspender la circulación y la vida en el país, las personas que me rodeaban, influídas por consideraciones subjetivas é intransmisibles, tomaron partido violentamente, los unos por los huelguistas y los otros por la autoridad que reprimía la huelga. Yo me hallaba muy perplejo para adherirme á una de esas opiniones contradictorias, porque tengo la costumbre enfermiza de no conceder ningún valor á mis sentimientos personales cuando se trata de asuntos en que se hallan interesadas personas extrañas; necesito, para decidirme, razones de orden científico, sobre todo cuando veo, en dos campos francamente enemigos, personas que estimo igualmente.

En medio de esta fiebre general no podía yo permanecer tranquilo é indiferente. Ahora bien, los razonamientos que oía á mi alrededor me parecían basados exclusivamente en consideraciones subjetivas y metafísicas; no podía, por tanto, adherirme á un partido ó al

otro, porque soy inaccesible á ese género de consideraciones. Me pregunté entonces si no es posible hallar una base científica, una base objetiva, á esas nociones de derecho, de deber, de legalidad, que parecían tan claras á todas las personas que conocía. Era para mí el único medio de llegar á una solución. Ganado por la fiebre que me rodeaba, repasé mentalmente todas las nociones biológicas positivas que he adquirido desde hace veinte años. Me pareció que advertía una luz vaga, como un embrión de método que permitiera entrar en la cuestión social con un punto de partida verdaderamente científico. Poco á poco esta creencia de la posibilidad de un estudio se afirmó en mí. En esto, recibí la visita de un apóstol entusiasta de la revolución, que me pidió para *La Guerre Sociale* una carta de protesta contra la detención de los agitadores (1). Me quedé encantado de esta solicitud que me ponía al pie del muro, y respondí á mi visitante diciendo que no podía decidirme en ningún sentido en asunto en el que no veía claro y en el que mis mejores amigos se hallaban completamente divididos; pero aña-

(1) Anatole France y Octave Mirbeau respondieron á una solicitud semejante con cartas que hicieron mucho ruido.

dí que entreveía una luz que me permitiría guiarme en el dédalo de los hechos sociales sin renunciar á mis costumbres de biólogo positivo. «No sé lo que hallaré—añadí—ni si lo que encuentre agrada á los lectores de *La Guerre Sociale* ó á los de los periódicos conservadores. Acaso, al emitir mi opinión, me enemistaré con todo el mundo, como ya me ha sucedido otras veces; pero comprendo que no puedo menos de interesarme en este asunto y que mi tranquilidad va á sufrir mucho con ello. Buscaré, y si encuentro alguna cosa, la diré, sea lo que sea.» Éste es el origen de este libro.

He aquí el método que he seguido al escribirle:

Desconfío de las nociones metafísicas, las cuales me asustan desde hace tiempo, porque no podía asimilármelas, y me extrañaba oír á personas, cuya buena fe aprecio, decir que las hallaban prodigiosamente claras. Hace algunos meses he comprendido, por fin, que los metafísicos son artistas y que sus opiniones son personales, como las apreciaciones estéticas. Entonces he comprendido que los que dicen comprender la obra de un metafísico están respecto de él en la misma situación que un aficionado de arte que aprecia las producciones de un pintor ó de un escul-

tor (1). Es asunto de gusto y no tiene ninguna importancia científica. Este descubrimiento me consoló al principio, pero hoy estoy más asustado que antes de mi incomprensión. En efecto, si las opiniones estéticas tienen poca influencia en los destinos de los pueblos, en cambio las ideas metafísicas gobiernan el mundo. Y el creer que la metafísica es un arte me quita toda confianza en la posibilidad de una inteligencia entre los hombres. La ciencia sola descubre verdades impersonales que se imponen á todos independientemente de los gustos de cada uno; ahora bien, el dominio de la ciencia está limitado á los hechos que conocemos objetivamente; el método científico es por esencia objetivo, no deja lugar á la apreciación personal.

Traduciré la frase que acabo de escribir en este aforismo, que chocará á muchos: no hay más verdades que las científicas; fuera de la ciencia no se puede emplear la palabra verdad sin abuso. Y, sin embargo, todos los investigadores, tanto los artistas como los metafísicos, tienen la pretensión de buscar la verdad. Pero ¿qué es la verdad si no se tiene

(1) Véase *Reflexiones de un filisteo sobre la metafísica. Grande Revue*, 10 Julio 1910.

un criterio para asegurarse de haberla hallado? Antiguamente se creía en Dios y se imaginaba que Dios confiaría la verdad á algunos elegidos después de muertos. En ese caso no había que preocuparse en buscarla, porque el interés del conocimiento de la verdad es poderse servir de ella cuando se está vivo. Además, hoy ya no creemos eso; nos hace falta un criterio. El consentimiento universal parece imposible de obtener y, aunque se obtuviera un día, no se estaría seguro del siguiente, porque las modas son efímeras. La ciencia objetiva responde tan sólo á nuestro desiderátum; el sabio que ha hallado algo empleando el método de la ciencia objetiva sabe, sin consultar á nadie, que lo que ha hallado es verdadero. Estando seguro de su método no puede tener la menor duda sobre el resultado, y no tiene necesidad, para asegurarse, de obtener la aprobación de las multitudes; ha hallado la verdad, lo sabe y puede, si es necesario, comprobarla con experiencias nuevas por medio de medidas nuevas. Se dice á menudo que los resultados científicos son provisionales; eso es cierto en el sentido de que el descubrimiento de métodos nuevos permite dar más precisión á los resultados anteriores; se descubren, á medida que progresa la ciencia, verdades más y

más aproximadas, pero la aplicación del método científico, aun con instrumentos groseros, da siempre verdades aproximadas; lo importante es estar seguro del método; se podría decir que la ciencia es el método científico.

La ciencia objetiva ha adquirido desde hace un siglo un imperio tan vasto que el conjunto de sus conquistas debe parecer imponente, aun á los que consideran la verdad fuera de la ciencia. Y, sin embargo, desde hace algunos años los sabios asisten, con estupefacción, á un entusiasmo creciente hacia sistemas metafísicos que son la negación completa del método científico. Por mi parte no me extraño de ello; la verdad científica es demasiado nueva para el hombre; no se la ama, porque no es bella. W. James ha dicho, no sé dónde, que la mecánica es fea. Eso quiere decir que los hombres están demasiado habituados á otra cosa desde hace mucho tiempo. Los fríos rigores de la ciencia chocan á nuestro misticismo hereditario. Á pesar de todo, se tiene el respeto de la ciencia como de una gran fuerza desconocida. Por eso no ha sido pequeña la alegría de los místicos y de los amantes de la tradición cuando filósofos llenos de talento les han dado, bajo el nombre de ciencia, algo que no es de nin-

gún modo ciencia, y que es hasta la negación del método científico, pero que cuadra admirablemente con las antiguas costumbres humanas, y que, por tanto, no choca á nadie. Es verdad que no es muy claro y que se encuentran en ello las opiniones más diversas; pero ¿qué importa eso? Es ciencia, y tiene sobre la ciencia de los sabios la ventaja de poderse aprender en algunos instantes. Y el entusiasmo se ha convertido en delirio.

La ciencia objetiva no tiene piedad ni entrañas; disecca todo y no conoce la belleza. Por el contrario, la escuela á la que hago alusión ha dado á la poesía todos sus derechos.

La ciencia separa lo objetivo de lo subjetivo; los filósofos de la nueva escuela pretenden entrar en la subjetividad de las cosas y contar en lenguaje subjetivo lo que no se conoce sino objetivamente. Ahora bien, no conocemos más que una subjetividad: la nuestra; en nuestra subjetividad hay nociones metafísicas á las que concedemos gran valor. W. James nos enseña á hallar en el mundo entero esas mismas nociones; nos pide que creamos en su existencia absoluta y las amemos. El éxito de la escuela nueva es tal que al ir contra su enseñanza se expone uno á

desaires. Sin embargo, lo haré aquí, convencido de que sólo el método objetivo puede conducir á certidumbres transmisibles. En lugar de tomar como punto de partida las grandes entidades metafísicas, el bien, el mal, la virtud, la justicia, etc., me preguntaré, al contrario, si esas nociones, que forman parte del hombre, como su nariz, sus ojos y sus orejas, no tienen un origen evolutivo como tales órganos. El transformismo bien comprendido me parece que debe explicarlo todo. Y si el transformismo me hace comprender el origen de estas nociones en la historia del hombre, no tendré que preguntarme después si tienen un valor absoluto y si hacen parte de la estructura misma del mundo. No me pregunto, en efecto, si el mundo tiene una nariz, unos ojos ó unas orejas. Pero aquellos á quienes este antropomorfismo grosero haría sonreír desdeñosamente toman, al contrario, la actitud de sumos sacerdotes cuando hablan de las entidades metafísicas que gobiernan el mundo.

La ley fundamental de la costumbre, que caracteriza los seres vivientes en relación con los cuerpos brutos, me ha parecido capaz de hacer comprender el origen de algunas de nuestras nociones absolutas, como ya lo he expuesto hace algunos años en *Les influen-*

ces ancestrales. Me propongo, sobre todo, estudiar en este libro las deformaciones mentales que se producen en el hombre por la costumbre de vivir en sociedad. Y este fin basta para indicar el método que seguiré.

Partiré de las nociones biológicas más sólidamente establecidas y me preguntaré cuáles son las particularidades que han podido determinar la formación de las primeras asociaciones. Después, una vez constituídas estas asociaciones, buscaré qué factores nuevos llevan á las condiciones de la vida individual y cuáles son los resultados, para el individuo, de la existencia prolongada de estos factores nuevos en su ambiente. Para eso seguiré puramente el método lamarekiano. Me parece que me llevará al resultado, aunque no sé todavía cuál será éste. Me encuentro en la situación de aquel que tira del hilo que sale de una caja en una tienda de ultramarinos: no sabe lo que contiene la caja, ni sabe si el hilo que hay allí enrollado cambiará varias veces de color; ni sabe si este hilo, del que tira ciegamente, hará estallar, al final de su recorrido, una máquina infernal capaz de destruir la tienda entera. No sabe nada de eso, y, sin embargo, continúa tirando del hilo. Voy á hacer como él, y tirar de este hilo, que es el método lamare-

kiano, sin sospechar dónde me conducirá. Cuando haya terminado, acaso lamentaré no haber dejado el hilo en la caja; pero entonces será ya tarde (1).

(1) El lector que posea nociones suficientes de biología podrá entrar de lleno en la cuestión social, empezando por el párrafo 10, página 77.
